

Irak hacia el girón chií

M. A. Bastenier

Subdirector de *El País*, Madrid

Las elecciones legislativas del pasado 30 de enero en Irak, las primeras que merecen ese nombre en la historia del país fundado como mandato británico en 1922, es probable que marquen un *antes* y un *después* en Oriente Medio, incluso aunque no alumbrén el despertar de la democracia, como augura Estados Unidos, cuyas tropas ocupan el país desde marzo de 2003. Pero, también es verosímil que al presidente Bush le guste el *después* mucho menos que el *antes*. Por lo pronto, los comicios han servido para que emerja un retrato robot de Irak del que se había oído hablar mucho, pero nunca públicamente en Bagdad, durante los 80 años anteriores en que regímenes, siempre autoritarios, habían impuesto su visión particular del país del Tigris y el Éufrates.

A finales de enero Irak había elegido una asamblea constituyente de 275 miembros, con todo el territorio integrado en una circunscripción única y bajo una ley electoral de proporcionalidad perfecta; es decir, que cada una de las listas recibía el número de escaños correspondiente al porcentaje obtenido sobre el total de votos escrutados. Irak tiene unos 27 o 28 millones de habitantes, de los que se calcula que unos 21 o 22 millones serían electores potenciales, pero el que era procónsul de la potencia ocupante hasta ese mismo 30 de enero, Paul Bremer, estableció –como en Estados Unidos– la obligatoriedad de registrarse para votar. Eso lo hicieron tan sólo 18 millones de iraquíes, por lo que todas las estimaciones sobre participación en el ejercicio del sufragio se han hecho sobre esta última cifra, con la intención de que lucieran lo más abultadas que fuera posible. Así, el índice de afluencia al voto que la prensa mundial ha utilizado ha sido de un 58 % –8,5 millones de votantes– cuando, no habien-

do ninguna razón para olvidar a los que no quisieron molestarse en inscribirse en el censo, el guarismo efectivo debería rebajarse a algo menos de un 40 %. El hecho de que este porcentaje sea todavía más que estimable, habida cuenta de la situación de terror y guerra de emboscada contra el ocupante que padece la ciudadanía, no obsta para que deba manejarse una aritmética real en lugar de la virtual, que prefiere Washington. Los 275 elegidos tienen que aprobar una constitución –que un grupo de expertos gratos a Estados Unidos ha redactado ya, pero que los constituyentes podrán rechazar o enmendar a fondo– que se presentará a referéndum en noviembre, para proceder, antes de fin de año, a nuevas elecciones legislativas, ya con el texto constitucional como documento político de base.

Irak es el país árabe en el que se instalan con mayor fuerza de conflicto las dos corrientes principales del islam, el chiísmo, que sólo es mayoritario en Irán –país ario, como su nombre indica– y el sunismo, que agrupa a cerca del 90 % de los 1.200 o 1.300 millones de musulmanes del planeta, y un porcentaje similar dentro del universo árabe, de más de 250 millones de fieles. Aunque las cifras son necesariamente hijas de algún voluntarismo contable, puesto que nunca ha habido censos de confianza, se supone que entre un 60 y un 65 % de los iraquíes son chiíes y casi todo el resto, suníes, con fracciones muy minoritarias de cristianos generalmente de rito oriental y otros grupúsculos religiosos. A mayor abundamiento, de ese 35 % de suníes sólo una mitad son árabes y la otra corresponde al pueblo kurdo, que habita en el norte del país y sostiene desde los años 20 una guerra de guerrillas para lograr la independencia o una negociación más o menos oportunista con la mayoría árabe para la constitución de una entidad política propia, lo que podría significar una provincia o región kurda en un Estado federal. Y todos los regímenes que han

dominado el país, desde la monarquía hachemí (1922-1958) hasta las sucesivas dictaduras militares al amparo del partido Baas, en cuyo nombre gobernaba el derrocado Saddam Hussein (1968-2003), han tenido en común que el poder lo monopolizara la minoría suní árabe, en detrimento de chiíes y kurdos.

De la fortísima división en ese explosivo binomio, etnia-filiación religiosa, se ha deducido también la formación de listas electorales muy representativas de un Irak real, con la precisión de que la minoría árabe suní ha boicoteado, casi hasta el último votante, los comicios, después de que sus líderes los tacharan repetidamente de ilegales y viciados por la ocupación extranjera. Una gran lista chií, la Alianza Unida Iraquí, que agrupa a 11 partidos y de ellos a los dos largamente mayoritarios, Dawa (Amanecer) y el Consejo Supremo para la Revolución Islámica (SCIRI, siglas en inglés), con un 48 % de votos, ha obtenido la mayoría absoluta al copar 140 escaños; de la misma forma, el hecho de que fuera virtualmente inexistente el voto suní le ha dado el segundo lugar a la minoría kurda, cuya lista única ha conseguido algo más de 70 escaños y el 25 % del voto; y en tercer lugar ha quedado una lista de mayoría chií, laica, apoyada por Estados Unidos, que dirigía el todavía primer ministro Ayad Alui, con algo menos del 14 % de los votos y sólo 27 escaños. Ese apoyo de los votantes registrados equivalía a no más de un 7 u 8 % de iraquíes árabes; ¿más o menos que antes de la invasión?

El primer Gobierno democrático en la historia de Irak lo formará, por tanto, la lista de Dawa y SCIRI, cuyo líder real, aunque no formal, al que siguen los 11 partidos de la coalición es el ayatolá Ali al-Sistani, nacido en Irán y que sólo se instaló en Irak, en 1951, cuando era un joven clérigo recién «diplomado». Pero, como, para proteger a las minorías –kurdos y suníes– se ha establecido que la inmediata elección de presidente y dos vicepresidentes, así como la eventual aprobación del texto constituyente, precisarán de una mayoría de dos tercios de la cámara, está claro que la lista de la Alianza tendrá que encontrar apoyos en otras formaciones para gobernar. Sobre esa base se especula con que la lista kurda podría recibir la presidencia, que es más decorativa que de obras, a cambio de reconocer a los chiíes la jefatura de gobierno –posiblemente para el laico moderado, Ibrahim Jaafari– y una de las dos vicepresidencias, mientras que la segunda de éstas se reservaría a un suní, aunque hubiera que esperar a

que, por medio de negociaciones, los seguidores de esta versión del islam, que ahora nutren el grueso de la insurrección contra el ocupante y sus colaboradores en Bagdad, acabarían por sumarse al proceso constituyente.

Para tratar de apuntar, sin embargo, el curso de la futura política iraquí, hay que repasar la naturaleza de los dos grandes componentes de la lista chií. Dawa, fundado con el apoyo de Teherán doblemente en el exilio iraquí y en el Líbano, a finales de los años 50, propone la formación de una República Islámica, pero no dominada por el aparato religioso, sino de alta burocracia secular. El parecido con alguna de las fuerzas que aparecían en primera línea tras la revolución islámica de Jomeini en 1979 puede ser engañoso hasta por lo obvio. El candidato con más apoyos a jefe de gobierno, Jaafari, recuerda a Mehdi Bazargan, el ingeniero educado en Francia que aseguró durante unos meses la jefatura de gobierno iraní y fue devorado por la radicalización que marcaba la ocupación de la embajada norteamericana en noviembre de ese año. Bazargan murió en 1995 en Teherán, donde vivía desde su derrocamiento por la marea integrista en la mayor oscuridad. Y si Jaafari es el líder de la facción moderada –aquéllos que nunca asaltarían una legación occidental–, tampoco falta una línea dura, que dirige Abdul Karim Unzi. El Consejo Supremo (SCIRI), por su parte, se fundó en Teherán en 1982 como organización general que cobijara a todos los chiíes que vivían en el extranjero, opuestos a la gobernación del suní Saddam Hussein, y ha sido vastamente considerado casi una creación personal del gran ayatolá, Ruhola Jomeini. Esta especie de «OLP» iraní creó su propia fuerza militar, Badr (relámpago), que se adiestraba con los cuerpos de voluntarios de elite de la Revolución y durante los años de exilio llevó a cabo un cierto número de modestas acciones terroristas en Irak. Si hay que juzgar por los hechos, desde que en el verano pasado elementos de Badr fueron instalados como autoridades locales por las fuerzas británicas en la zona de Basora, al sur, sus militantes han impuesto la observancia estricta del velo, el cierre de las licorerías y, en general, el código de conducta personal propio de la sharia (ley islámica).

Washington ha garantizado tanto a sus seguidores en Irak como al resto del mundo árabe oriental, que jamás permitirá la formación de un Kurdistán independiente, propósito por el que también velarán Turquía e Irán, que albergan importantes minorías

kurdas dentro de sus fronteras, pero una deriva «iraní» del nuevo régimen de Bagdad podría obligar a Estados Unidos a utilizar su seguro aliado kurdo para moderar a los líderes chiíes. A cambio de no presionar a favor de la independencia –que, sin embargo, apoya el 95 % de la población kurda, según las encuestas más seguras– estos neoautonomistas podrían pedir la constitución de una única provincia kurda en una eventual redemarcación política del país. Hoy, Irak tiene 18 provincias, y en tres de ellas los kurdos son clara mayoría, en tanto que mantienen sustanciales minorías en otras tres. Por ello, pedirían la amalgamación de las tres primeras con algunas zonas de las otras tres, pero siempre de forma que Kirkuk, el centro de la explotación petrolífera en el norte, quedase en la zona kurda. El problema es que en Kirkuk la mayoría es árabe y turcomana, en modo alguno dispuesta a tolerar una gobernación kurda. La mejor garantía, no obstante, de que se mantenga un Irak unido, mucho más convincente que los vagos planes federalistas que entretienen las potencias occidentales y que el mundo árabe –fuertemente unitarista– jamás ha compartido, es la evidencia de que el petróleo del norte se agotará mucho antes que el del sur, concentrado como se halla éste en torno a la plaza fuertemente chií de Rumaila, cerca de Kuwait, sin cuya riqueza Irak se convertiría en un país árabe de segunda.

Una encuesta internacional, celebrada días antes de la consulta, establecía que casi el 70 % de los chiíes y el 82 % de los suníes querían que Estados Unidos se retirara de Irak, bien inmediatamente o tras un compás de espera, que puede durar tanto como el período constituyente. Habría que pensar por ello en la posibilidad de un Irak en uno o dos años libre de ocupantes. No parece exagerado, por tanto, decir ya que Washington ha fracasado en sus objetivos de más largo alcance: el establecimiento de un gobierno amigo en Bagdad, no digamos ya en esperar que una democratización del país –proceso que se halla en el mejor de los casos apenas en sus comienzos– fuera como una especie de *tsunami* que barriera dictaduras a su paso por Oriente Medio, pero que, al menos, en el corto plazo ha salvado los muebles con el acuerdo tácito alcanzado con la mayoría chií de que los norteamericanos organizan las elecciones y éstos las ganan, aunque de momento no puedan presentarse con sus verdaderos colores. Y esos colores podrían ser, a la vuelta de unos años, un régimen islámico, civil más que clerical, con un cierto grado de pluralismo, y excelentes relaciones aunque no supeditación a Teherán; y, finalmente, tan enemigo de Israel como el propio Saddam Hussein, lo que quizá interesa más a los neoconservadores que ensordecen de consejos al presidente Bush. Un negocio para Washington escasamente formidable.